

monótona desnudez de estas paredes volverá a gozar entonces, como de un inusitado espectáculo, de los campos de esmeralda y de las montañas de zafiro, y vuestro corazón palpitará

contento como una campana de pascua.

Mientras tanto tratad de sonreír, siquiera ahora en presencia de tan lindas muchachas.

## Algo de todo

Tome Ud. «este rollo de literatura patria», me dijo un amigo esta mañana, entregándome un fajo de periódicos. Viene oloroso a cosas del terruño.

—Tal vez sean aires del Tablazo o brisas de Cartago, le repuse.

—Cierzos querrá usted decir.

—No importa. Siempre serán menos fríos que las ráfagas húmedas del Sena y con aquella idea me llevé el regalo.

Pero he aquí que al abrirlo me sonríe una cara conocida: la Gioconda!

Confieso que comenzaba a olvidarla. París es un crisol donde se funde y acaba por evaporarse la memoria. Las sensaciones se suceden en él, rápidas y fugaces. Y no podría ser de diverso modo. Hay otras que esperan su turno lo mismo que las gentes en la taquilla de un teatro.

Aquí el entusiasmo y la desesperanza duran lo que el devaneo de una coqueta o el llanto de un niño, el ceño del odio es un rasgo borroso, la trompeta de la Fama, un clarín inconstante, los ardores de la polémica estímulos pasajeros, el esplendor del triunfo brillo fugaz, las inquietudes del Gobierno o las amenazas populares cosas de un día, la literatura y la moda, Chantecler y la Jupe culotte caprichos de una hora. Duelo y placer, apoteosis y descréditos, triunfos y derrotas, todo, hasta el Amor y la Muerte mismos desaparecen al punto en esta loca vorágine de formas y colores.

Cuán diferente la existencia en esa tierra, propicia al recuerdo como la cabeza de un abuelo! En ella tenemos todos tiempo para hacer añoranza del ayer y soñar un poco en la mañana.

El pensamiento está acostumbrado a recorrer un camino que aquí nadie conoce, un camino bordeado de rosas

otoñales y cipreses melancólicos, a lo largo del cual discurren sombras amables que desterró la muerte.

El pasado es, entre nosotros, un añejo vino con que restaura el corazón las heridas que el Destino le infiere.

Así la vida, resulta al cabo, algo como un antiguo viaje familiar: cada peregrino lleva, a guisa de manes protectores, un fresco ramo de reminiscencias.

En estos centros es un verdadero vértigo que enloquece y arrastra. Es preciso andar siempre muy ligero, y quien en San José podía dedicarse sin peligro a hacer filosofía al modo peripatético en mitad de la calle, aquí, para ganar una acera, debe dar más brincos que un saltamontes. Si fuera uno a meditar un segundo al tiempo de atravesar el bulevar correría probablemente la suerte del infortunado Curie.

Pero esto no lo explica todo. Lutecia es olvidadiza por temperamento. La inconstancia es un defecto de sus nervios, sus divinos nervios que solo vibran por impresiones momentáneas, lo mismo que las cuerdas de una lira.

No obstante reparad con qué amor la quieren y con qué celo la sirven los cinceles prodigiosos, las paletas sabias, las plumas admirables, las voces milagrosas, los cuerpos encantadores y todos los que han heredado el don doloroso del genio o el privilegio envidiable de la hermosura. Ellos comprenden que Lutecia es más voluble que la ola, más ligera que el viento, más caprichosa que la nube. Ellos están seguros que ella no será nunca de nadie. Pero ellos saben también que una sola mirada de sus ojos es la consagración